

SUEÑOS QUE NO SON SOLO SUEÑOS

Soy una chica afgana que lleva aproximadamente un año viviendo en España como refugiada. Voy a contarles mi historia, sobre los desafíos y problemas que una mujer enfrenta durante su vida educativa en Afganistán.

El examen *Kankor*, es el examen de ingreso a la universidad, donde estudiantes de todo el país compiten para lograr una plaza en su carrera favorita. Como la capacidad de las universidades es limitada, se requiere mucho esfuerzo y dedicación.

Igual que los demás estudiantes, tuve que trabajar duro para entrar en la universidad y ser aceptada en la facultad que quería.

Recuerdo que, cuando era una niña de diez o doce años, todos me preguntaban qué quería hacer en el futuro, y yo respondía entusiasmada que iba a ser doctora. A medida que pasaban los días y crecía, me esforzaba más y más para alcanzar mi objetivo, porque entendí que una persona vive y se esfuerza solo con la esperanza de poder alcanzar sus metas, y que la vida sin un sueño es como la muerte.

Después de terminar la escuela secundaria y empezar bachillerato, mis esfuerzos aumentaron porque estaba más cerca del examen de ingreso. Este examen es mucho más difícil para aquellas personas interesadas en el campo de la medicina y requiere más esfuerzo y trabajo duro.

Sin embargo, no me parecía imposible lograr mi objetivo, por lo que trabajé duro, estudié día y noche y, por fin, llegué el día y realicé el examen.

Pasaron tres largos meses hasta que se anunciaron los resultados. Un extraño nerviosismo llenó todo mi ser, para que mi sueño no fuera solo un sueño. ¿Y si no tenía éxito?

Eran las dos de la tarde cuando una amiga me llamó y dijo: "lo has conseguido, has logrado tu sueño". Estaba muy feliz de haber podido dar un paso hacia mi meta. Me estaba preparando para comenzar otro paso de mi vida, que era ir a la universidad.

Entonces ocurrieron lamentables acontecimientos políticos en mi país. El régimen cambió y retrocedimos veinte años, tal vez siglos.

El inicio de nuestra universidad se pospuso hasta la primavera, cuando se extendió la noticia de que las universidades iban a reabrir. Estaba tan feliz que me preparé para ir a la universidad, por supuesto, con el la vestimenta aceptada por los talibanes y, por fin, fui a la universidad.

La universidad en la que fui aceptada estaba en una ciudad lejos de mi casa. Por lo tanto, tuve que registrarme en la residencia de estudiantes de la facultad. El primer día que estuve en el allí, ordené mis cosas. Estaba nerviosa por el día siguiente, que era el primer día de la universidad y se suponía que todos los estudiantes de todo el país que habían ingresado en la facultad de medicina debían reunirse en una clase.

Recuerdo esa noche muy bien. No podía dormir debido a la emoción.

Llegó la mañana de esa noche. Temprano me vestí con ropa larga y negra. También me puse una máscara para que solo mis ojos fueran visibles, porque de lo contrario habríamos sido advertidos y castigados por el departamento moral de la universidad.

Cuando entré en la clase y vi a todos esos chicos y chicas, me di cuenta de que no era la única que tenía como objetivo llegar a esta facultad. Muchos otros tenían exactamente el mismo propósito que yo.

A partir de ese momento, mi camino se volvió más claro; Con perseverancia y compromiso, tenía que ser la mejor entre ese gran número de estudiantes.

Me empecé a acostumbrar a la atmósfera universitaria, al ambiente de clase y había hecho nuevos amigos.

Pero como dije antes, cuando fui admitida en la universidad, el gobierno estaba en manos de los talibanes. A su llegada, todos los extranjeros, los países occidentales que estaban en Afganistán y sus empresas, salieron del país. Y decidieron sacar a sus colaboradores afganos y a sus familias del país, para proteger sus vidas. Mi padre, que era uno de sus colegas, decidió salir del país lo antes posible.

Me llamó un día y dijo que la situación era de emergencia y que teníamos que dejar Afganistán. Dijo que no había lugar para vivir, ni lugar para construir un futuro mejor. Mi padre dijo todo esto porque había vivido el anterior gobierno de los talibanes y sabía cómo sería su gobierno.

Pero yo me resistí y dije que me quedaría aunque él se fuera. Le dije que había soportado muchas dificultades para lograr mis sueños y que quería seguir mi camino.

Pero con la condición que las mujeres tenían en el régimen talibán, yo no podía quedarme sola sin mi familia. Mi padre habló mucho conmigo y me convenció para dejar Afganistán y posponer mi objetivo de continuar mis estudios en la universidad. Me prometió que habría más oportunidades. Dijo que estaba seguro de que podría alcanzar mi sueño.

Ahora estoy en España, ocupada aprendiendo el idioma porque, antes que nada, necesito saber español para poder comunicarme con la sociedad.

Espero que mis sueños no se queden en eso, un simple sueño, y pueda continuar mi educación. Espero no tener que enfrentarme a otro obstáculo más. Porque me convertí en víctima del régimen talibán, víctima de su política contra las mujeres. Y en mi propio país, no pude lidiar con las circunstancias que ocurrieron. Pero en España, el país donde vivo ahora, espero que mis sueños se puedan convertir en realidad.

Fdo. Elahe